

## Días de Penitencia

Por ELEDINO MIGUÉLEZ

*El ciego sol, la sed y la fatiga.  
Por la terrible estepa castellana,  
al destierro, con doce de los suyos,  
-polvo, sudor y hierro- el Cid cabalga.*

MANUEL MACHADO

Si hierro vestía y armaba al de Vivar en su aventura hacia tierras extrañas, de hierro eran las monturas que acercaban a los dos amigos a la tierra que los vio nacer. Sudor correría mucho por las barbas del Cid y sus guerreros, aunque no sé si tendrían estos nuevos aventureros algo que envidiarles cuando por el alto Tajo, con un sol de justicia cayendo a plomo sobre los valles abrigados, salvaban desniveles de más del 15 %. En lo del polvo sí les llevarían ventaja los jinetes medievales: salvo algunos pequeños tramos de pista por Teruel, Guadalajara y Soria, los ciclistas se deslizaban -y a veces saltaban- sobre asfalto, mientras pensaban en la nube permanente que envolvería a los que se encaminaban al exilio. No hay duda de que en aquellos tiempos heroicos abundaba más el polvo. Todos oían el miércoles de ceniza la admonición del cura: "Memento homo, quia pulvis eris, et in pulverem revertaris". A los dos cicloturistas que hacen el camino inverso al Cid, tan polvoriento recuerdo les trae a la mente el encuentro con una amazona burgalesa en las aireadas plazas de Medinaceli: después de advertirles que la auténtica ruta del Cid es la que hace ella, que ha salido de Burgos con la intención de llegar a Valencia, se queda un poco pensativa. Al cabo de unos segundos reacciona y exclama: "Claro, que el Cid también hizo varias veces vuestra ruta, cuando se hartaba de guerrear por tierras valencianas y le daba el subidón. ¿No habréis dejado en Burgos alguna Jimena y vais a veros con ella?". Creo que la decepcionamos cuando le dijimos que nos desviaríamos antes y no pasaríamos por Burgos.

¿Por qué se emprende un viaje así? No hay más respuesta que porque sí. Cuántas veces en un momento de sufrimiento

nos decimos "si nos pagaran, no haríamos esto". Una de las razones por las que nos lanzamos a esta odisea es porque nadie nos lo mandaba: no nos desterraban de Valencia, como hicieron en Burgos con D. Rodrigo.

Un buen día aparece en un periódico la llamada "Ruta del Cid" para cicloturistas, dividida en un montón de etapas. Falta casi un año para las vacaciones de verano, pero hacemos unas fotocopias y empezamos a disfrutar de la excursión mucho antes de saber si la podremos realizar. Normalmente para estas locas aventuras formamos un equipo de tres. Este año, desde el principio, se sabía que uno lo tendría difícil, pero empezamos a ilusionarnos en equipo. Fijamos las etapas, los descansos; vemos los paisajes sobre los mapas con los ojos de la imaginación, y sin darnos cuenta ya estamos en julio, con el pie en el pedal tomando la salida. Lo publicado en el periódico no es sino un pretexto para que Alfonso y yo viajemos a nuestros respectivos pueblos, Lucillo y Santibáñez.

Un inconveniente que siempre tenemos presente es el tráfico: procuramos evitar las carreteras más transitadas. Hacemos más largo el trayecto, pero ganamos calidad. La salida no la tomamos en Denia, donde residimos, ni en Valencia, sino en Liria, unos 25 km. después de pasada la ciudad "del Cid". Así y todo, todavía sufrimos los ruidos y riesgos del trá-

fico en los primeros kilómetros de esta carretera y en otro tramo en la provincia de Palencia, entre Villarramiel y Villalón de Campos. El resto bien. Alargamos el viaje más de 200 km., pero estamos de vacaciones y esto es lo que buscábamos: nuestras bicis, como Babiecas modernos, rodaban vivas por la inmensa paramera.

Algunos momentos se clavan agradablemente en el recuerdo: de Maranchón a Medinaceli, a más de mil metros de altitud y con un fino y ¿agradable? viento en contra, asistimos como invitados a un armonioso concierto de alondras invisibles bajo la atenta mirada de los buitres que nos escoltaban oteando la carretera silenciosa. Ese mismo día, de madrugada, a la salida de Riba de Saelices, de infausto recuerdo, habíamos sorprendido a tres cervatillos que abrevaban al lado de la carretera. La víspera, en cambio, el

silencio era de tumba y fuego; el campo rezumaba un calor insoportable en el valle y nosotros llegábamos muertos: había sido la etapa reina.

APROPIADOS NOMBRES PROPIOS.- Cualquier recorrido que se desvíe de las rutas más transitadas de esta



Preparativos para la fiesta de la Amistad

tan ajada piel de toro encierra un complejo entramado de las ciencias humanas más variadas. A cada paso podemos aprender una lección de Historia, de Psicología, de Geografía, de Filosofía... Con algunos topónimos podemos hacer versos; su fonética nos sugiere:

*Tramacastilla, Titagua  
Cevico Navero, Bronchales, Recuerda,  
Villarramiel, Mayorga, Barahona,  
La Buenafuente del Sistol, Medinaceli:  
Santibáñez de la Isla, Ucero, Rello,  
Tórtolos de Esgueva, Caleruega...*

Mil combinaciones se pueden hacer con estos y otros nombres cargados de alegrías y sufrimientos: Gormaz, Berlanga, Dueñas, Ampudia, La Bañeza; y en todos alentaría el ritmo de la vida.

Otros nombres prestan a la imaginación destellos más jocosos, que aprovechamos para entretener el hastío y el esfuerzo del pedaleo. Casinos es un pueblo que está a tiro de piedra de Liria; pero un tres de julio, a las once de la mañana, a pleno sol, subiendo una ligera pendiente y con una procesión de camiones resoplando a tu vera, parecía que se alejaba carretera adelante. De forma casi automática el topónimo se transforma y pasa a ser *CaNsinos*, pues así lo decide nuestro estado de ánimo. Claro que al llegar realizamos nuestro primer acto de contrición: bocata de tortilla de champiñones, unas cañas de cerveza, aceitunas, café... Cuando reemprendimos la marcha rumbo a Titaguas, nuestro paso era aún más cansino.

Orihuela del Tremedal (Teruel) es un nombre paradójico, al menos en el apellido, pues sugiere zona pantanosa, terreno movedizo, que tiembla. Las firmes rocas y la altitud de la población desmienten esta hipótesis. Después de acceder al lugar en bici lo único que tiembla son las piernas del ciclista. •En mi opinión, el puerto que hay que salvar desde Noguera por Bronchales, con cuatro km. realmente duros, la convierten en Orihuela del *Tremedal*.

Otro nombre acude a mi memoria: Villanueva de Gumiel. ¿Hay nombre más corriente e inofensivo que Villanueva? En cualquier rincón lo encontramos, aunque la villa que designe se caiga de vieja. Esta de Gumiel para al sur de Burgos, próxima a Aranda. Nosotros pedaleábamos felices, pues era de mañana y habíamos reparado fuerzas durmiendo en Caleruega; a los pocos minutos de comenzada la etapa, en Baños de Valdearados, nos sorprendió una villa romana impresionante que pudimos adivinar a través de unas vallas protectoras que impedían el acceso, pero permitían una visión parcial de algunos mosaicos muy bien conservados. Seguíamos alegres nuestro camino buscando un desvío que teníamos que coger, cuando a nuestra izquierda, a unos cuantos metros de la carretera, sobre la tapia

de una ermita, con letras enormes que la ocupaban por completo, una inscripción nos saludaba y expresaba los mejores deseos: "BIENVENIDOS A VILLANUEVA DE GUMIEL". Si saludar es desear salud, maldito sea el mensajero. La ermita era, desde hacía muchos años, el cementerio del pueblo. Espero que tarden mucho tiempo en darme la bienvenida a un sitio así.

RECORRIDO.- El siete es un número mágico en todas las mitologías: siete son los días de la semana, siete las obras de misericordia, siete los pecados capitales... No sé por cuál de ellos teníamos que hacer penitencia, pero para no suscitar recelos y que cada uno tuviera su día, el trayecto lo dividimos en siete etapas por ver qué obra de misericordia se destacaba cada jornada.

Para evitar ser demasiado prolijo, me centraré en las tres primeras etapas, pasando por alto muchos detalles de cada día. Ninguno se llevó una ración inferior a los 110 km. La etapa más larga fue la penúltima, por tierras de vino y pan, de Caleruega a Villalón de Campos; pero no fue la peor. El título de etapa reina se lo ganó a pulso la tercera, de Orihuela del Tremedal a Riba de Saelices, apenas 150 km.; pero de

armas tomar.

Desde la salida, cerca del nivel del mar, para adentrarnos en la meseta, necesariamente tenemos que subir. Lo peor es que cuando ya has alcanzado los mil metros, el límite entre las provincias de Valencia y Cuenca lo marca el río Turia, que va encajonado entre montañas. No hay forma humana de cruzarlo si

no es bajando en picado hasta un puente que todavía deja el agua allá abajo, produciendo un rumor que asciende desde la lejanía. La vista es impresionante. Contemplábamos el panorama cuando se acercó un coche y se detuvo en medio del puente. Su conductor y único ocupante nos preguntó si teníamos un teléfono móvil, pues allí cerca un coche se había salido de la carretera y una persona se encontraba mal. Alfonso y yo nos miramos extrañados, como si nos estuviera hablando de una tecnología tan sofisticada que resultaba incompatible con las pintas que llevábamos. Luego, al pensar en el accidente, reaccionamos y yo creo que por primera vez pensé que el móvil no es un invento totalmente inútil. Hicimos propósito de la enmienda: la próxima salida para varios días llevaríamos uno. De poco sirvió, pues hemos vuelto a cometer el mismo pecado.

Ese día dormimos en Ademuz, uno de esos granos que les salen a algunas provincias como transplantados de otras. El Rincón de Ademuz pertenece a Valencia, pero está metido entre Teruel y Cuenca. Ocupa un valle muy productivo en medio de montañas inhóspitas. Vete tú a saber por qué razones históricas y económicas es esto territorio valenciano, cuando para llegar a él hemos tenido que meternos en Cuenca un buen tramo.

Al día siguiente, domingo, nos esperaba una etapa dura. Nuestro desconocimiento del terreno la endureció un poco

& El siete es un número mágico en todas las mitologías: siete son los pecados capitales... No sé por cuál de ellos teníamos que hacer penitencia, pero para no suscitar recelos y que cada uno tuviera su día, el trayecto lo dividimos en siete etapas por ver qué obra de misericordia se destacaba cada jornada.